

ALBA OMIL. *ENSUEÑOS EN UNA BURBUJA*¹

El marino

Suena y resuena azul el mar océano, ejecutando su sinfonía de eternidad: las trompetas del viento, la batería del agua en las rompientes, el estallido de sus platillos contra las rocas.

El viejo marino, piel curtida por el abrazo salado del viento constante, desde su peñón goza el espectáculo.

Acaricia su sueño desde un tiempo remoto: ver de cerca el buque fantasma que suele aparecer a veces de noche, lejano, iluminado *a giorno* y, a veces aproximarse hasta los acantilados a depositar a sus pasajeros, todos fantasmas, para que bailen a la luz de la luna y se refocilen en el colchón de arenas blancas, hasta los primeros anuncios de la aurora, y antes de irse, tiren monedas de oro antiguas, valiosas, y piedras de colores y pepitas de oro de todos los tamaños, y no es leyenda porque él encontró una moneda y una gema azul entre junturas de las rocas y las vendió a un anticuario, y tuvo ron para mucho más de un mes.

Ansiaba verlos de cerca, al barco, a su tripulación, fantasmas ambos. Hasta que una noche, océano adentro, fue primero una estrella a lo lejos, flotando, ya devorada, ya devuelta por las olas bravías, creciendo de a ratos, agrandándose. Pero en seguida, ya no era estrella, ni planeta ni cometa tampoco, aunque parecía tener cola, sí, una cola brillante que se alargaba poco a poco al ritmo del oleaje: constelación,

¹ La presente muestra corresponde a su obra de reciente publicación *Ensueños de una burbuja. Cuentos – Micros*. Tucumán [Arg.]: Lucio Piérola Ediciones, 2017. ISBN: 978-987-1425-63-1.

multitud de estrellas agrupadas iluminando, o brotando, de ese buque fantasma que, levemente, crecía e iba aproximándose a los acantilados, como siempre, como tantas noches del pasado en que él mismo lo viera, quizás impulsado por el destino o vaya a saberse por qué fuerza negada al conocimiento de los hombres.

Anhelaba el posible descenso, la danza de los muertos sobre la arena, junto a la lluvia de tesoros: monedas, piedras preciosas, brillantes y rubíes, perlas gigantescas nunca vistas, pepitas de oro, fragmentos del pectoral de algún cacique asesinado en nombre de la cruz y del amaos a los unos a los otros.

El barco se acercaba, arriando un tormentón de olas bravías, cargando sus fantasmas, sus tesoros, alborotando todo en su visita sin ruido.

El mar, fiera enfurecida, abiertas sus fauces espumosas para tragarse a gritos el aire salino y el viento de presagios.

Y ese buque imposible, increíble y portentoso, ahí, encendido, a la distancia, acercándose indiferente a la furia de las olas.

Las pupilas del marino se deslumbran. No. No está soñando con los ojos abiertos: ahí está el buque, bengala esplendorosa, tragada de pronto por la oscuridad para reflotar luego toda luces, en marcha hacia la playa de los ensueños de un hombre —¿o un fantasma?— que espera.

Arrecia el viento huracanado, la nave barbotea. La botella de ron no tiene ni una gota. Pero ahí está el barco, plácido, cercano, descargando su turba de fantasmas que saltan ligeros, flotantes, de los botes a la playa.

El marino tiene seca la garganta. Lo devoran la sed, el sueño y el deslumbramiento. Empieza a descender de su peñón de atisbo. Tambalea. Cae.

Ese amanecer, los pescadores encuentran el cuerpo tirado en la arena: en una mano, la botella vacía; en la otra, apretado, un doblón de oro con una efigie coronada en su anverso y un sol en el reverso.

A la sombra de mi magnolio florido

Cuando yo, harto de todo lo que me rodea, rompo la cotidiana red de banales miserias que me envuelve y me refugio en el fondo

del jardín, a la sombra del magnolio en flor, abro la puerta de oro que conduce a “desotro lado en la ribera” donde duermen mis ensueños locos, y empiezo a oír una voz que resuena en mi memoria y que no sé si es mi voladora infancia que retorna, o la celeste esencia de un poema que intenta encontrar cuerpo.

Comienzo a percibir el frescor silvestre de la tierra y de las plantas lavadas la noche anterior por una veloz humedad traviesa que prefirió ocultar su desnudez al amparo de la oscuridad, y me deleita el unísono concierto de la brisa, las abejas, los pájaros, un coro de zorzales, no los habituales del jardín, que también son deliciosos, sino otros, invisibles, con garganta de ángeles, coro que no sé si se eleva o baja de las alturas siderales, o si sólo es un reflejo de la música de las esferas celestes, vedada a los oídos de los hombres. Pero esto es apenas un inicio, porque suenan nuevamente los goznes de la pesada puerta de oro que se abre un instante para dar salida a un montón de libélulas azules con alas doradas que, en lujosa aureola, pasa a circundar mi cabeza, lo que dura un pestañeo, para ir después a asentarse en el magnolio, decorando su corteza oscura, incomparable parche de oro, colorida guirnalda navideña, tantas son. Y es cuando las desmesuradas flores blancas abren sus pétalos de terciopelo, que vuelan, jugando con el viento que ha llenado, él también por no ser menos, todo el aire con finísimo polvo de oro que la brisa esparce mientras los pavos reales espejan mis ensueños en el campo azul metálico de sus cuellos y abren, vanidosos, la gracia de su cola para mostrar, llamada viva, “todos los ojos con que admira el día”. Y yo viajo, prendido a esas miradas, y vuelo por el aire ardiente del verano mientras infinitos pájaros escapados por la puerta de oro, celebran la gloria del día, azul y verde y oro, y otra vez oro, que encendió la cola del pavo real en su apogeo.

Recuerdo las palabras del poeta y, prendido a sus versos, vuelo por las alturas, alma sedienta de eternidad, mientras mi memoria, pegada a la palabra de Fray Luis, acude, corre, vuela,

traspasa el aire todo,
hasta llegar a la alta esfera,
a solas, sin testigo.

Mi cuerpo laxo, al amparo del silencio, tendido a la sombra del magnolio en flor y sobrecogido por el ímpetu lírico, no sé si está

soñando y el alma vuela por la dorada ruta de la fantasía, o es sólo una fusión casi mística con el cosmos, reducido en este caso a este pequeño espacio rústico que me cobija, envolviéndome con colores y aromas y cantos de pájaros, o es que siento arder en mis venas el fuego de ser y de la vida.

